

Mañón 27 Octubre 1905

LA REVISTA DEL OBRERO

La confianza en sí mismo

Las más grandes esperanzas deben reposar sobre las más firmes voluntades de alcanzarlas. Las grandes esperanzas son para los caracteres débiles onerosas cargas que oprimen y obligan á los hombres á reposar en el camino del fastidio sobre las piedras duras y negras que el enervamiento no puede remover.

Trabajad y confiad en vosotros mismos. Que así, cuando necesitéis descanso, os hallaréis con la espezanza en la mano y no en el horizonte.

La confianza en sí mismo la llaman los inválidos de la voluntad, orgullo ó presunción. Si os halláis capaces de ese orgullo, defendedlo en todos los momentos de la vida.

Todos los hombres fuertes de que tenemos conocimiento, han estado siempre seguros de que «lo que era verdad para ellos era verdadero para todos».

Tened confianza en vosotros. ¿No habéis sentido muchas veces que en el fondo de vuestro corazón protestabáis contra un juicio dominante, contra una costumbre corriente, contra algo que todo el mundo venera? Pues bien; decidlo. Vuestro pensamiento no tiene menos derecho que otro alguno para ser declarado ante los hombres. Es una cobarde abdicación de vosotros mismos sepultar vuestros pensamientos en un rincón por vuestro temor de no opinar con el mundo de convenciones que os rodea.

El qué dirán anula muchos talentos y empobrece á la Humanidad de pensamientos originales, porque, para no parecer extravagantes, los tímidos viven rumiando en público los ajenos pensamientos que sólo se aceptan para los demás pero no para nosotros.

Recordad que leyendo alguna obra genial habéis encontrado, quizás con frecuencia, vuestras propias ideas. Aprended entonces á no despreciarlas.

«En cada obra de genio volvemos á encontrar nuestros propios pensamientos menospreciados tantas veces; vienen á nosotros con majestad extranjera. Es esta la enseñanza más honda de las grandes obras. Por ellas aprendemos á respetar y á guardar con serena inflexibilidad nuestras impresiones espontáneas; principalmente cuando el común clamor les es opuesto.» (Emerson).

Confiad en vosotros mismos. Si pedís á los extraños ó á los seres que os aman que os acepten como sois, debéis principiar por querer con fuerza ser vosotros mismos y no un reflejo del pensamiento ajeno, porque entonces lo que pedís es que no se os ame á vosotros mismos, sino á los extraños que viven en vosotros.

ROBERTO B. MESEN

Dios y la Naturaleza

Se pretende que los animales nos suministran una prueba convincente de una causa poderosa de su existencia; se nos dice que el admirable acuerdo de todas sus partes, que se prestan unas á otras mutuo auxilio con el fin de llenar sus funciones y de mantener su conjunto, nos da á entender que es obra de un artífice que reúne al poder la sabiduría. No podemos dudar del poder de la naturaleza. Produce todos los animales que existen con la ayuda de las combinaciones de la materia, que está continuamente en acción; la armonía entre las partes de que se componen los animales, es una consecuencia de las leyes necesarias de su naturaleza y de su combinación. En cuanto cesa esa armonía, el animal se destruye necesariamente. ¿Entonces para qué sirve la sabiduría, la inteligencia ó la bondad de la supuesta causa á la que se hace el honor de atribuir la tan elogiada armonía? ¿Esos animales maravillosos, que se cree son obra de un Dios inmutable, no se alteran sin cesar y no acaban siempre por destruirse? ¿Dónde está la sabiduría, la bondad, la previsión, la inmutabilidad del obrero, que sólo parece que se ocupa en desarreglar y en romper los resortes de las máquinas que se tienen como obras maestras de su poder y de su habilidad? Si ese Dios no puede obrar de otro modo, no es libre ni poderoso; si cambia de voluntad, no es inmutable; si permite que las máquinas que dotó de sensibilidad sufran dolores, no es bondadoso; si no pudo conseguir que sus obras fueran más sólidas, carece de habilidad. Al ver que los animales, como las demás obras de la Divinidad, se destruyen, es preciso que deduzcamos, ó que todo lo que la naturaleza hace es necesario y es una consecuencia de sus leyes, ó que el obrero que la hace obrar carece de plan, de poder, de constancia, de habilidad y de bondad.

El hombre, que se cree la obra maestra de la Divinidad, nos suministrará mejor que las demás producciones de la naturaleza, la prueba de la incapacidad ó de la malicia de su supuesto autor (1). En ese sér sensible, inteligente, pensador, que se cree objeto constante de la predilección divina y que se forja á Dios por su propio modelo, no vemos más que una máquina más móvil, más frágil, más fácil de desarreglarse por su grande complicación que la de los seres más groseros. Las bestias que están provistas de nuestros conocimientos, las plantas que vegetan, las piedras que no sienten, bajo muchos aspectos son seres mucho más favorecidos que el hombre. Al menos están exentos de las penas del espíritu, de las torturas del pensamiento, de los pesares que los devoran. ¿Quién no quisiera ser animal ó piedra cuando recuerda la pérdida irreparable de un objeto amado? ¿No es preferible ser una masa inanimada á ser un supersticioso inquieto que pasa la vida temblando, uncido á la vida presente y esperando además infinitos tormentos en la vida futura? Los seres que están privados de sentimientos, vida, memoria y pensamiento, no se afligen nunca por la idea del pasado, del presente ni del porvenir; no se creen jamás en peligro de ser eternamente desgraciados por haber raciocinado mal,

(1) Si no es maligno, es incapaz; y si es capaz, esto es, si tiene poder y sabiduría, es maligno.

como los seres predilectos que abrigan la pretensión de que el Arquitecto del mundo construyó el universo para ellos.

Que no nos digan, pues, que no podemos tener la idea de una obra sin tener la de su distinguido obrero. La naturaleza no es una obra. Existió siempre por sí misma; todo se produce en su seno; es un taller inmenso, provisto de materiales, que construye los instrumentos que le sirven para obrar. Todas sus obras son efectos de su energía y de los agentes ó causas que ella crea, contiene y pone en acción. Elementos eternos, creados, indestructibles, siempre en movimiento, combinándose de diferentes modos, hacen nacer todos los seres y los fenómenos que vemos, todos los efectos buenos ó malos que sentimos, el orden ó el desorden que sólo distinguimos por las diferentes maneras con que nos afectan; hacen nacer todas las maravillas que nos hacen meditar y razonar. Para esto, tales elementos sólo necesitan sus propiedades (ya particulares, ya reunidas), y el movimiento que les es esencial, sin que sea preciso recurrir á un obrero desconocido que las arregle y las combine, las conserve y las disuelva.

Pero suponiendo por un instante que sea imposible concebir la formación del universo sin la intervención de un obrero que le creara y que vele por su obra, ¿dónde colocaremos á ese obrero? ¿fuera ó dentro del universo? ¿es materia ó movimiento? ¿ó bien no es más que el espacio, la nada ó el vacío? En todos estos casos, no debe ser nada ó debe estar contenido en la naturaleza y sometido á sus leyes. Si está en la naturaleza, sólo debe ser materia en movimiento, y debo deducir que el agente que la mueve es corporal y material, y por consecuencia está sujeto á disolverse. Si este agente está fuera de la naturaleza, ya no puedo tener ninguna idea del lugar que ocupa, ni de un sér inmaterial, ni de la manera como un espíritu sin extensión puede obrar sin la materia, de la que está separado. Esos espacios desconocidos que la imaginación ha colocado más allá del mundo visible, no existen para un sér que apenas ve lo que tiene á sus pies (1); el poder ideal que habita en ellos, sólo puede revestirse ante mi espíritu con los colores fantásticos que mi imaginación combine á la ventura, pero que siempre se verá obligada á tomarlas del mundo que conoce. En ese caso no haré más que reproducir en idea lo que realmente hayan apercibido mis sentidos; y el Dios que yo me esfuerzo en separar de la naturaleza y en colocar fuera de su recinto, entrará siempre en él necesariamente y contra mi voluntad.

Insistiendo en defender esas teorías, se me objeta diciéndome que si presentáramos una estatua ó un reloj á un salvaje que nunca hubiera visto ni una ni otra cosa, no podría dejar de reconocer que eran obras de un sér muy inteligente, más hábil y más industrial que él; deduciendo de esto que nosotros nos vemos también obligados á reconocer que la máquina del universo, el hombre y los fenómenos de la naturaleza son obra de un agente cuya inteligencia y poder sobrepujan á la inteligencia y el poder humano. A esto respondo que no podemos dudar que la naturaleza sea muy poderosa, Admiramos su industria cuantas

(1) O el mundo es infinito, ó el vacío es infinito: elegido.

veces nos sorprenden los efectos transcendentales complicados y varios que encontramos en algunas de sus obras, que apenas nos tomamos el trabajo de meditar; sin embargo, ella no es nunca ni más ni menos industriosa en una de sus obras que en las demás. No comprendemos mejor cómo produce una piedra ó un metal que cómo produce una cabeza tan bien organizada como la de Newton. Llamamos industrioso al hombre que sabe hacer lo que nosotros no sabemos. La naturaleza puede hacerlo todo, y desde el momento que una cosa existe prueba que la pudo hacer. De modo que sólo con relación á nosotros mismos juzgamos industriosa á la naturaleza, la comparamos entonces con nosotros mismos, y como gozamos de la cualidad llamada inteligencia, con cuya ayuda producimos obras en las que demostramos nuestra industria, deducimos de esto que las obras de la naturaleza que más nos asombran, no son obras suyas, sino debidas á un obrero inteligente como nosotros, cuya inteligencia ponemos al nivel del asombro que sus obras nos producen, es decir, que producen á nuestra debilidad, y á nuestra propia ignorancia.

BARÓN DE HOLBACH

(Del Sistema de la Naturaleza.—1770.)

El hombre y la libertad

Puede considerarse libre el hombre solamente de modo relativo, nunca de modo absoluto. La libertad, es siempre nueva, creciente.

La libertad es la enamorada del sér humano y tras ella vamos continuamente, subyugados, avasallados, porque de antemano sabemos que ella es siempre vida, vida agradable para el espíritu, vida placentera para el corazón, y una vida más profunda, más grande, más intensa para el cerebro pensante, anheloso eternamente de un más allá; siempre mejor y más bello.

Del desarrollo amplio de la inteligencia depende la libertad; la libertad, en justa correspondencia, fomenta, cultiva esa misma inteligencia de modo correlativo, guardando una reciprocidad invariable, perenne.

El hombre que no es libre es porque, no teniendo inteligencia, carece del medio para conquistar la libertad.

Así, pues, la Sociedad, lo mismo que el individuo, no podrá nunca blasonar de libre sin que todos los miembros que la integren gocen de aquella inteligencia precisa para la conquista de nuevos ideales libertarios.

«Entonces—preguntará alguno—¿cómo se me hará posible á mí la conquista de la libertad si, debido á los defectos de la actual organización social, mi inteligencia se anega en el mar de la ignorancia? Cómo voy á ser libre si no soy inteligente? Cómo voy á ser inteligente si no soy libre?»

Mientras el hombre no esté tan atrofiado que carezca de voluntad, siempre, continuamente, marchará en línea recta hacia la cumbre más alta, hacia la eminencia más alta, descubriendo cada día nuevos y más brillantes panoramas, cautivantes y esplendorosas perspectivas, en que hallará la debida recompensa á su atrevido esfuerzo.

¡Ay, del que no se mueve! Un decreto de muerte pesa sobre su cabeza, y su cuerpo dará pasto á los microbios de las corrompidas aguas del negro pantano.

¡Ay, del que no se agita! Para ese no hay

salvación; será la carnaza que devora la autoridad, símbolo siniestro de todo lo que es contrario al hombre y á la libertad...

LORENZO PAHISSA

Viajando por Andalucía

Diana lúgubre

Vengo de presenciar un cuadro horrible. He visto con mis ojos á 800 hombres anémicos, y el silencio de su hambre trágica tenía elocuencias de pavor.

En Herrera, provincia de Sevilla, vendrá el día menos pensado la hecatombe. He recorrido aquellos campos, secos, lo mismo que la yesca, desolados, como una maldición; sin espigas, sin hierba, muertos. Paseé los sombríos olivares, cuyas ramas, como en Getsemaní, tienden sus brazos esqueléticos, y en aquellas huertas sin verdor, junto al lecho de sus arroyos sin agua, una sed de justicia me ha torturado horriblemente. Las congojas de Rodrigo Caro se oían al ponerse el sol.

El campo, solo y muerto, es una angustia; mas el pueblo vivo y con hambre, pesa en el corazón como una losa.

Yo entré en sus calles por la siesta, y al acontecimiento de ver un coche se asomaban mujeres consumidas, bellos ojos sin brillo por el hambre, manos flacas, temblonas, por el no comer.

Unos muchachos éticos me seguían, pidiéndome limosna.

En la fuente, dos bueyes flacos sorbían tragantadas ruidosas, y un viejo, de camisa rota y ojos roídos, fumaba, sentado, una colilla.

Fué una visión de africanismo doloroso. Siguió el coche atrayendo curiosidad y, al través de las celosías, como en una iglesia de monjas, sentí femeninos cuchicheos. Las calles, castigadas por el sol, dan emoción de panteones; en las casas, sin blanquear, el hambre impone su mudez; ni un hombre, ni muchachos, ni bestias... ¿Qué pueblo es este pueblo? Hasta la copla, su quejarse, huyó. Ya, ni para quejarse tiene fuerzas...

*

El alcalde y varios pudientes me han rodeado en el casino. Les digo mi impresión y sonríen, tristes.

—No sabe usted de la misa la mitad—exclaman.—Desde Mayo andamos de cabeza. No ha habido trigo ni cebada; no habrá aceituna, y, por no haber, no hay ni quien dé dinero á réditos.

Ya usted ve; los usureros dicen: «Yo prestaría; ¿pero cuándo vas á pagar, cómo, de qué? Si tuvieras trigo... Si al menos pintase la aceituna... Pero si hoy te presto, ¿cuándo voy á cobrar? Este año, imposible; el que viene, como no haya aceituna, tampoco. ¿Voy á esperar dos años? Y si ni en los dos años hay cosecha, ¿qué hago yo con tus pagarés? ¿Qué te voy á embargar? ¿El cortijo? ¿Y para qué si no habrá quien lo compre? ¿El ganado? Y con qué lo mantengo? ¿Tu casa? Si no hay en todo el pueblo quien tenga dos pesetas para comer, ¿cómo lo habrá para alquilar casa?» Y razonando así los prestamistas, como no tienen vuelta de hoja sus razones, estamos sin saber qué hacer.

Llegará la siembra ¿y quiénes, cómo vamos á sembrar? Ni hay semillas, ni dinero para jornales...

Por el balcón, de par en par, llegaban á nosotros sordos rumores de gentío.

¡Los jornaleros! Y en la calle ancha, apretados y hambrientos, como turbas indias, pensativos bajo sus paveros, sucios, con blusas pingajosas, los jornaleros daban horror. Situábanse allí en manada, sin casi hablar, consumidos, anémicos, imponentes. Había corrido la voz de que al otro día suspenderíanse los trabajos de la carretera, y allá, frente al Casino, junto al Ayuntamiento, esperaban, sombríos, al alcalde.

—Véalos usted. ¿No es esto una lástima? Hombres en la flor de su vida, deseosos de trabajar, honrados, buenos, llevan tres días sin comer. Como son 800 y en la carretera sólo hay trabajo para la mitad, hemos dispuesto que fuesen alternando. Hoy van 400 y otros tantos se quedan sin comer. Y esto *sin comer* no es un decir, sino una gran verdad, una verdad que eriza el cabello. Limosna no hay quien dé, porque en las casas de los llamados ricos, como el pan está á dos reales y no ha habido cosecha ni hay quien preste, se economiza el pan tanto como en las de los pobres. Y como los jornaleros que se quedan aquí, que no van al tajo, que no tienen salida alguna, saben también que es inútil pedir limosna, juntan sus hambres en la plaza, huyendo del horror de sus tugurios, del pedir de sus hijos, del quejarse sin fin de sus mujeres.

—Crea usted—me decía el alcalde—que cada día que amanece tiemblo, pensando con horror: *De hoy no pasa. Hoy se va á armar.* Porque lo que no concibo yo es cómo no se ha armado.

*

Habíamos quedado en acudir al acto de la lista. Yo fuí con el alcalde, al amanecer, en una inolvidable aurora de cielo sevillano y aire de campiña purísimo.

Llegamos á la plaza, donde 800 hombres ávidos esperaban comer ó no comer. Atravesamos aquellos grupos, imponentemente mohinos, rozando blusas remendadas, caras sin afeitarse, brazos cruzados en paciencia, y no oímos ni un grito, ni una voz. Así, como estos hombres, con igual sumisión asiática, en la misma quietud fatalista, debían estar los indios cuando las famosas hambres de ha tres años. En la tierra el hombre se moría, y allá, en el alto cielo, paseando la aurora espléndida, cantaban los vencejos remontadores.

—¡Chist! ¡chist!—se oyó. El alcalde sacó un papel, los hombres se arremolinaron anhelosos y en aquel silencio imponente, las caras hacia arriba, los oídos prontos y los corazones en sobresalto, un nombre afortunado salió de labios del alcalde.

—¡Juan Montero!—exclamó.

—¡Juan Montero!—pregonó el alguacil á gritos.

Y al cabo de dos ó tres segundos, ví que una cara se iluminó feliz.

—¡Está!—dijo un mozo. Y entre codazos, sonriente, triunfante, Juan Montero se puso á un lado.

Iba el alcalde dando nombres, seguía pregonando el alguacil y á los grupos se los comía la curiosidad. Aquella lotería del hambre era un suplicio. Las caras se contraían de impaciencia; el mirar lacio y de anémico tenía relámpagos viriles: las blusas ondulaban como estandartes de miseria, y en la cruz de los brazos tembladores moría crucificada la voluntad. Un poco más de ira, y aquellos 800 hombres fueran ejército de horror. Aclarados los grupos, puestos los agraciados aparte, ví mujeres que aguardaban el sorteo. Ni una nota amable se veía en ellas. Eran guiñaposas, vencidas, sin nada femenino en sus rostros flacos, en sus cuerpos afeados por vestidos sucios, en sus ojos, comidos por las moscas. La visión africana renacía con dolor nuevo.

Traían de la mano muchachos casi encueros, pobres niñas con trenza, asustadas, con el dedo en la boca. Preguntaban más que con el decir, con los ojos. Y en aquel lenguaje de miradas, de marido á mujer, de padre á hija, el hondo poema jornalero centelleaba pavoroso.

—¿Ha salio osté?

—No.

—¿Qué se le va á jaser! ¡Pasensia!

Iban á echar á andar. Pero ¿dónde? ¿A su tugurio? ¿A qué? ¿A pedir limosna? ¡Nadie se la iba á dar! ¿A qué, pues, moverse?

Y cuando los afortunados, en cuadrilla, herramienta al hombro y alegres, salían con dirección al tajo, 400 hombres, sus mujeres y sus hijos se quedaban allí, en la pla-

za, al sol, viendo á los vencejos remontarse al Dios de los hombres y repitiendo á sus estómagos, ya fríos, y á sus corazones desolados:

—¡Qué se le va á jaser! ¡Pasensia!

CRISTÓBAL DE CASTRO

Contra los pobres

Existe una ley que prohíbe la mendicidad y la vagancia; pero no hay ninguna que dé trabajo al que lo solicite, ni que ofrezca el alimento necesario al que tiene hambre.

La ley consiente que haya hambrientos, pero no quiere que haya mendigos; no quiere que los inútiles para el trabajo y los que siendo útiles y queriendo trabajar no encuentren ocupación, molesten á los satisfechos, á los que, cubiertas sus necesidades, viven cómodamente y ostentan un lujo provocativo.

El señor Alcalde de esta ciudad quiere que la ley se cumpla; el señor Alcalde de esta ciudad no quiere que los mendigos importunen á los satisfechos abriendo las puertas de las casas de los ricos para pedir un pedazo de pan.

El señor Alcalde tiene razón; en una ciudad civilizada no debe haber mendigos, no debe haber pobres, no debe haber quien carezca de lo necesario para alimentarse y vestirse y albergarse. El hambriento es una afrenta para nuestra civilización. Tiene razón el señor Alcalde; no debe consentirse que haya quien pida limosna.

Pero contra la mendicidad hay un remedio, que no es, por desgracia, el que se le ha ocurrido á nuestro Alcalde. El remedio contra la mendicidad no es prohibir á los pobres que pidan, sino hacer que no se vean en la necesidad de pedir.

Asegúrese que á nadie falte el pan de cada día; que encuentre trabajo aquel que lo busque, y que la sociedad ampare á los inútiles, á los que no pueden trabajar.

Que nadie carezca de lo necesario y no habrá mendigos.

Pero la sociedad capitalista no puede hacer esto. El egoísmo de los ricos no quiere dar para que los pobres coman, ni quiere sufrir las molestas visitas ni la triste presencia de los que la misma sociedad capitalista ha reducido á la miseria y á las humillaciones de la mendicidad. La sociedad capitalista sólo sabe poner un remedio: la ley prohibitiva.

Se prohíbe la mendicidad como se prohíbe la emigración. Aquí el Alcalde impide que los pobres pidan limosna, y en los puertos de embarque, como la Coruña, la guardia civil penetra en los trasatlánticos para poner obstáculos á la emigración.

No quieren dar de comer aquí á los pobres, ni que vayan á buscar en otra parte los medios de vida que aquí les faltan. ¿Qué quieren de los pobres los directores de la sociedad actual? ¿Qué han de hacer los pobres?

La sociedad actual ocasiona el que haya pobres y luego no tiene remedio contra la miseria. Es preciso que esta sociedad se modifique; hay que destruir esta organización social que sólo produce males, hambre y miseria.

JUAN CUALQUIERA

Respuestas á un católico

Sr. D. Angel Ruiz y Pablo.

Muy señor mio: supongo que me alude usted á mí en las *Cartas á un anarquista* que ha comenzado á publicar en *El Vigía Católico* de Ciudadela; supongo también que no querrá usted quedar á media correspondencia y que preferirá que sus *Cartas* tengan contestación. Usted dirá si voy equivocado en mis suposiciones.

Si he acertado, desde luego puede indicarme si le conviene más ó le parece mejor que yo espere el fin de sus *Cartas* para contestarlas en conjunto, ó que las vaya contestando una á una, como conversación en preguntas y respuestas. En ambos casos estoy dispuesto á complacerle.

Lo que convendría de todos modos, si le parece á usted, es que formulara en concreto las preguntas á que desee que conteste yo, con lo cual ambos ahorraremos tiempo y nos entenderemos con más facilidad.

Esto no es decirle que vuelva usted á empezar, dando lo que lleva escrito por nulo; pero sí desearía que aclarase y concretase ciertas vaguedades de su primera *Carta*, obligadas tal vez por la atención, que le agradezco, de no llevar mi nombre á una discusión que no sabía usted si sería de mi gusto, escrúpulo de que en adelante puede prescindir, pues yo siempre estoy dispuesto á la discusión razonada de mis opiniones y de mi conducta; y esto no porque me considere infalible é impecable, sino porque pienso que me haría favor en vez de ofensa el que en lo intelectual ó en lo moral me sacase de algún error y me redujese á mejor camino.

Confío que estas *Respuestas* no han de servirle de molestia y que, si quiere usted entablar discusión, atenderá mis indicaciones respecto á la claridad de las preguntas.

De usted afectísimo, aunque adversario.

J. MIR

El umbral

(Traducción de una poesía nihilista rusa)

Hay enfrente de mí un edificio enorme. En la fachada tiene abierta una puertecilla; detrás de ella tinieblas impenetrables.

En el umbral está una doncella; una doncella rusa.

Las tinieblas profundas dan calofríos, y con el aire helado brota de los negros abismos del edificio una voz lenta y espantosa.

—¡Oh! tú que deseas pasar ese umbral, ¿sabes lo que te aguarda?

—Lo sé,—contestó la doncella.

—Frío, hambre, odio, desprecio, aflicción, encarcelamiento... la muerte.

—¡Lo sé!

—Aislamiento, soledad...

—¡Lo sé! ¡Soportaré todos los suplicios, todos los golpes!

—¿Y no de los enemigos solamente, sino también de los parientes y de los amigos?

—Sí... de éstos y de todos.

—¿Y estás dispuesta también á un sacrificio?

—Sí.

—¿A un sacrificio inmenso?

—Sí.

—Te sacrificarán en el silencio y nadie sabrá cómo honrar tu memoria.

—No quiero recompensa ni piedad. No quiero nombre.

—¿Estás preparada también para el crimen?

La doncella bajó la cabeza resueltamente. La voz no hizo más pregunta durante un rato.

—¿Sabes—dijo luego—, que puedes perder la fe en todo lo que hasta ahora has creído? ¿Que puedes llegar á convencerte de tu engaño de haber destruido inútilmente tu lozana existencia?

—También lo sé; quiero entrar.

—Entra.

La doncella pasó el umbral, y una pesada cortina cayó detrás de ella.

—¡Loca!—dijo una voz, maldiciéndola.

—¡Santa!—respondió otra voz no se sabe de dónde.

TURGUENIEF

Amo la Vida

Amo la Vida cuando veo una mujer de cara bella y lozana, de pechos túrgidos y ubérrimos, de caderas abultadas y treman-tes.

Amo la Vida cuando las flores llegan hasta mi cerebro, á través de mis ojos con sus tinturas brillantes, y á través de mi nariz con sus copiosas doraciones.

Amo la Vida cuando el Sol emerge por Oriente y comienza el abundoso desparramamiento de sus rayos vitalizadores y alegrantes.

Amo la Vida cuando las aves musicadoras cruzan el espacio inmedible, arpegiando su libertad y sus amores no constreñidos por autoridad alguna.

Amo la Vida cuando la hormiga portra, bullenta y afanosa, las provisiones tomadas sin autorización de nadie de doquier las halló, y con las que ha de repletar sus silos dedalosos.

Amo la Vida cuando miro praderas verdegnantes, campos floridos, huertos rientes, valles espléndidos, bosques frondosos, jardines amenos, crestas musgosas, rios murmurantes, océanos alboratados, estrellas reverberadoras, serpenteantes exhalaciones eléctricas.

Amo la Vida cuando todo ruje, cuando los volcanes deyeccionan torrentes de fuego líquido, cuando la lluvia y el granizo se precipitan arrolladores, cuando la Tierra se estremece, se agrieta y se desconcha.

Amo la vida cuando oigo la sublimar y dulcificante vibratura armónica de membranas, lengüetas, laminillas, filamentos y cuerdas vocales.

Amo la Vida al comer, al beber, al escribir, al leer, al divertirme. al pasear, al correr, al dormir, al luchar, al reír, al padecer, al gozar.

Amo la Vida si el polizonte me persigue, si el fiscal me denuncia, si el juez me procesa, si el esbirro tricornado me conduce de cárcel en cárcel, después de amarrar mis manos fuertemente.

Amo y amaré siempre la Vida, ya sean gratas ó ingratas, ya alegres ó tristes, ya dulces ó amargas, ya grandes ó chicas, ya prósperas ó imprósperas, ya atrayentes ó repelentes las cosas y aventuras que me circunden.

Amo y amaré siempre la Vida; la amaré aun en el último instante conciente que preceda á mi defunción, á mi dexistencia, á mi fallecimiento, á esa descomposición orgánica, á esa metamorfosis corpórea, á esa desmoronadura de la forma perescible revestida por el fondo imperescible, llamada sin razón y sin propiedad *muerte*.

La Vida lo es todo; la Vida es lo eterno, la Vida es lo infinito, la Vida es lo esencial. La muerte no es nada real, nada profundo, nada integrante; no es el extinguimiento de la materia ni de la fuerza, sino que es su trasmutación, su evolutivo cambio, su perfectible trasformadura. Morir no es aniquilarse; es variar de estructuración, es cambiar de modalidad. La muerte es el combustible de la Vida, es una de sus diversas manifestaciones, es uno de sus distintos modos. El que muere no se extingue;

se descompone, disocia su individualidad para dar origen con los elementos que la formaron á la asociación de otras individualidades. Ya dijo muy sabiamente Lavoissier que *en la Naturaleza nada se pierde ni nada se gana*. La muerte no es, en suma, otra cosa que una faceta, un aspecto diferente de la Vida, una etapa de su proceso infindable.

Amemos, pues, la Vida y amémosla á ultranza, que amar la Vida es vivir, es disfrutar la verdadera vida, la vida verdadera del Hombre... Amemos la Vida sobre todo.

J. M.^a BLÁZQUEZ

Béjar.

POLEN

En balde solloza la mísera anciana
y en vano con ruegos humildes pretende
que le fien más pan en el puesto
¡las quejas son tantas que ya no conmueven!

Oid: lo que dice

la anciana estremece:

—Pasan hambre, mis hijos, mis nietos...

¡Señor, que se mueren!...

A la puerta, la joven aguarda:

sus ojos son bellos y son elocuentes

¡no quisiera saber lo que piden!...

¡no quisiera saber lo que ofrecen!...

VICENTE MEDINA

DE BARCELONA

La activa campaña que se ha emprendido en la capital catalana para mostrar á la faz del mundo los brutales procedimientos de que se han valido algunos agentes autoritarios para perseguir á los anarquistas y servirse de estas persecuciones para hacer méritos y alcanzar honores y ascensos en su carrera, no ha gustado al Poncio que gobierna á los barceloneses y ha suspendido dos mitins organizados por la Liga de Defensa de los Derechos del hombre.

La suspensión no se basa en ninguna excusa legal, ni está dentro de las atribuciones del gobernador. Es una violencia que ha cometido contra el libre ejercicio del derecho de reunión, claramente definido en el Código fundamental del Estado; pero esto no le importa al gobernador de Barcelona, que sabe, como todos los gobernadores, que todo esto de las leyes y de los derechos concedidos al ciudadano es una mentira para engañar al pueblo y dar apariencias de liberalismo al gobierno. El respeto á la ley lo exigen los poderosos al débil en todas las ocasiones; pero se consideran exentos de guardarlo ellos cuando les conviene vulnerarlo.

Inútil es protestar pues no se hace caso de las protestas y más inútil todavía pedir justicia. El único remedio que hay para estos casos es hacerse la justicia uno mismo.

Pero todos los atropellos del gobernador para impedir que se ponga en claro la injusticia que se comete reteniendo en la prisión y procesando á hombres que no han cometido ningún delito, han de resultar inútiles.

Lo que el gobernador no quiere que se diga en el mitin, se dirá en la prensa diaria, ó en la hoja suelta que se hace circular con profusión; se lo dice también de palabra todo el mundo, pues nadie cree ya en la novela inventada por Memento y Moreno y no hay nadie que se atreva á acusar

formalmente á nuestros compañeros arbitrariamente presos.

**

La *Tribuna*, ha publicado el siguiente suelto:

«Hoy se aseguraba que por el juzgado del distrito de la Lonja se instruyen diligencias de oficio contra el jefe de orden público de la provincia en méritos de una gravísima denuncia.

El rumor tiene fundamento, según nuestras noticias: parece ser que un joven oficial del ejército ha presentado á las autoridades judiciales una serie de datos, apoyados en documentos y testimonios, según los cuales el Sr. Tressols—que es á quien se acusa—aparece en complicidad con los autores de ciertos hechos que recientemente han llevado el espanto y la desolación á muchos hogares.

La índole de la denuncia nos impide dar más detalles, esperando, para ello, que las diligencias criminales estén más adelantadas.»

No queremos hacer comentarios, por ahora.

ECOS Y COMENTARIOS

En San Luís, mientras unos trabajadores repartían por el pueblo las *Hojas de Propaganda* correspondientes á la semana pasada, les fueron tiradas algunas piedras, que por suerte no hirieron á ninguno.

Para disimular mejor, sin duda, los apedreadores se situaron en el huerto del señor cura. Los clericales de San Luís quedan en el lugar que les corresponde después de este hecho vandálico; pero mejor hubieran quedado si los obreros que repartían la hoja hubiesen podido alcanzarles.

Pero los *valientes soldados de Cristo*, tiraron las piedras aprovechando la oscuridad y huyeron enseguida. Con tales defensores, *la fe de España no morirá*.

Los curas del pueblo, como es natural, negarán toda responsabilidad en el hecho y los apedreadores *no serán habidos*.

Sin embargo, recomendamos á nuestros amigos que cuando se reparta otra hoja tomen sus precauciones á fin de coger á los valientes clericales *infraganti* y que no los denuncien á la autoridad. No; nada de autoridad; es mejor que la denuncia tengan que hacerla los apaleados del otro bando.

Que prueben á ver si esos cristianos, siguiendo los preceptos de su Maestro, presentan la otra megilla.

Mucho deben escocerles las *Hojas de Propaganda* á los clericales de San Luís, cuando la rabia les desborda hasta hacerles cometer tan salvajes fechorías.

Como premio á los buenos servicios prestados por Memento, se le nombró jefe de la policía de Tarragona.

Pero los tarraconenses, no comprendiendo la suerte que se les echaba encima, han sido tan ingratos que se preparaban á protestar ruidosamente del *favor* que se les hacía y se ha tenido que revocar el nombramiento.

Gracias á esto los barceloneses seguirán disfrutando al autor de comedias silbadas y delegado del señor gobernador,

Por iniciativa de los compañeros de La Línea, *Tierra y Libertad* ha publicado un manifiesto para demostrar la inocencia de

los compañeros presos en Barcelona á consecuencia del complot del juez Moreno y el policía Memento.

Dicho manifiesto ha obtenido los honores de la denuncia Fiscal.

Bajo la dirección de nuestro colaborador José Sanjuán se ha abierto un colegio laico en Crevillente (Alicante).

Cunda la enseñanza libre de sofismas.

PAPEL IMPRESO

Hemos recibido el primer número de *Nuevas Brisas*, revista mensual de Sociología Artes y Letras, que ha comenzado á publicarse en Rosario de Santa Fe (Buenos Aires).

Su presentación es buena, tanto por la calidad de los escritos publicados, como por el papel y excelente gusto tipográfico.

Dicho primer número publica el siguiente sumario:

Nuevas Brisas.—*Con franqueza*.—*Anemia intelectual de la Juventud*.—*Ivan Kovanof*.—*Resurgimiento*.—*Consejos á las madres*.—*Nuestro gran delito*.—*El militarismo*.—*La servidumbre de la mujer*.—*Varietades*.—*Concurso filosófico*.—*Boletín bibliográfico*.—*Correo económico*.

Precio del número suelto: 15 centavos.

Dirección: Calle Mendoza, 3250.

Se ha publicado el número 7 de *Buena Semilla* conteniendo los trabajos siguientes:

Esbozo de una moral sin obligación ni sanción, por M. Guyau.—*El trust de los bosques*, por Jaime Vidal.—*Disertación histórica*, por Angel Talia.—*Deber y Amor*, por Guillermo Fernández.—*Recuerdos juveniles*, por Alí Manzur.—*En busca de felicidad*, por Casimiro.—*A la libertad*, por R. de Castilla Moreno

Administración: Mariana Pineda, 5, entresuelo. Gracia (Barcelona).

Biblioteca de

«El Porvenir del Obrero»

- 1 *La Ganancia*—*Consideraciones generales según el criterio libertario*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 2 *El Patrimonio Universal*—*Conferencia sociológica*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 3 *La Anarquía*—por Elíseo Reclus; 15 céntimos.
- 4 *La Mujer*—*Consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*, por Teresa Claramunt; 15 cts.

CORRESPONDENCIA

Palamós.—J. M. Enviamos medio paquete desde este número.

Bilbao.—J. R. Hemos cambiado la dirección. Hacemos el nuevo aumento que pides.

Ciudadela.—A. T. Hacemos los aumentos pedidos. Escribimos.

Mont-Vale.—J. V. Recibido 6'50 pesetas por conducto de *El Productor*.

El Porvenir del Obrero

CONDICIONES

Suscripción: Trimestre 1 pta.

Paquete de 25 jemps. 75 cént.

Número suelto 5 »

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Castillo, 170. Mahón (Baleares).

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»—Castillo 170 Mahón.